III.

¡Cuánta razon tenia yo en desconfiar de las verdades eternas de este segundo apóstol mormon!

Paris, querido lector, posee un tercer apóstol mormon, cuyas creencias difieren en varios puntos de las de los otros dos, y el cual, sin embargo, asegura tambien poseer las verdades eternas.

—Llueven, pues, apóstoles mormones, direis.

—No, granizan, porque habeis de saber que este tercer *santo de los últimos dias*, que por lo demas, le vais á ver al momento, es apóstol de aficion, ha entrado en mi casa como un huracan de la isla de Borbon, para demostrarme que mi última conversacion sobre la fé de los mormones era una pura blasfemia, y que nada es mas divino que la poligamia, conforme la explica el apóstol Bertrand, en contra de lo que afirma su rival, el otro apóstol mormon.

—Señor, me dijo, entrando en mi despacho la criada, un caballero está ahí que desea hablaros.

—¿Su nombre?

—Me ha dicho que es mormon y que viene con motivo de la poli..... poli..... poligamiana.

—Poligamia querrá decir.

—Creo que sí, señor.

—Decidle que mis ocupaciones no me permiten abandonar mi estudio por un simple mormon, y que yo no me tomo esa molestia sino por los apóstoles. Y añadidle que lo siento mucho.

La criada parte y vuelve.

—Señor, es un apóstol.

Apénas habia pronunciado estas palabras cuando se abrió la puerta bruscamente.

—Yo no vengo á distraeros, mi querido cofrade: sé cuán precioso es el tiempo. He dicho cofrade, porque ántes de abjurar el cristianismo para abrazar el mormonismo, he publicado algunos fragmentos sobre Sócrates y una novela titulada *Los dos ramos de rosas*. Uno de mis ramos era una jóven hermosa; el otro, un ramo de rosas verdadero.

—La idea es tan ingeniosa como delicada. ¿Y habeis abandonado la literatura y la botánica para haceros apóstol?

—¡Por Dios! señor, yo soy apóstol sin serlo; es decir, que mi posicion me permite vivir independiente y hago prosélitos en mis ratos desocupados y á mi manera, sin que nadie me lo haya encomendado; tan solo por homenaje á las verdades eternas y por ganar almas al cielo.

—Perfectamente; sois apóstol de aficion. ¿Y en qué puedo yo complaceros?

—En prestar homenaje á la verdad, señor.

—¿De qué verdad quereis hablar? Hay tantas y tan contradictorias que temeria prestar malamente mis homenajes.

—Yo quiero hablar de la poligamia, institucion divina si las hay, y que fué revelada al profeta José Smit el 12 de Julio de 1843 por mediacion de un ángel.

—Sí, ya sé; un ángel, un *dandí* en su género, vestido de túnica blanca sin costuras.

—Háse dicho, en efecto, que la túnica de este ángel era inconsútil, pero ese detalle no está lo bastante esclarecido y bien puede dudarse de él. Por lo demas, eso importa poco.

—Permitidme; yo no soy de esa opinion: me parece, al

contrario, que, bajo el punto de vista de la manufactura celeste, no deja de tener interes ese detalle; eso pareceria probar que en el cielo no hay ni rastro de costurera alguna, lo cual ya me sospechaba yo.

—Es posible, pero eso es un detalle, y el punto capital es saber que la poligamia es de esencia divina, que la monogamía emana de las leyes humanas, y que pretender lo contrario es ofender á Dios blasfemando.

—Razon tendríais, en efecto, si el 12 de Julio de 1843 José Smith hubiera sido todavía el elegido de Dios sobre la tierra; pero yo he oido certificar á personas bien informadas, que en esta época Dios se habia hartado de hablar por su boca.

—¿Y lo creeis, señor?

—¿Será menester decir la verdad, toda la verdad?

—Decidla, decidla, yo apuraré, si es preciso, el cáliz hasta las heces.

—Apuradle, pues, porque para mí es evidente, pero de la última evidencia, que Dios no hablaba por boca de José Smith cuando éste ordenó la poligamia. Añadiré que estoy convencido de que el pretendido ángel enviado de las esferas celestes como embajador cerca de Smith, estaba vestido de túnica con costuras.

—¿Cuándo, pues, murmuró el apóstol, levantando los ojos al cielo, la filosofía, de donde nace el excepticismo, será al cabo vencida por la fé?

—Espero que eso no suceda nunca, señor proselitista, y lo espero en interes de la misma doctrina mormónica, que con tanta conviccion defendeis. En efecto, si nadie razonase, y si todo el mundo creyese lo que cada uno le dice que crea; como hay, segun una estadística reciente, 6,000 religiones ó

sectas diferentes, nuestro deber seria creer en todos estos sistemas espiritualistas, lo cual seria demasiado. Yo admito como un hecho, triste verdad, pero fatal, que la razon humana es insuficiente para penetrar las causas primeras; pero ¿es ese un motivo para abdicar esta razon, por incompleta que sea, ni vamos á condenarnos al idiotismo por no reconocernos bastante inteligencia?

—¡Ah! ¡Acabais de hablarme de 6,000 religiones ó sectas que, fuera de la verdadera religion, del mormonismo, parecen haber sido hechas mas bien para extraviar el espíritu del hombre que paradirigirle! Cuando yo hablo de la fé, no hablo sino de la verdadera, de la mia, y no de aquellas que siguen tantos imbéciles, que merecerian..... Mas, perdonad, olvidaba que no siendo mormon, vos debeis necesariamente pertenecer á una de las otras 6,000 religiones.

—No hay de qué, señor misionero, y que eso no os retraiga.

—Gracias, señor, gracias. Si yo mismo no soy tolerante, estimo mucho en los demas la tolerancia. Así usaré del permiso que me concedeis de hablar libremente sobre lo que forma la base misma de nuestra sociedad regenerada por Dios, es decir, sobre la poligamia.

En esto mi visitador metió febrilmente la mano en el bolsillo de su paletot y sacó algunas hojas de papel.

—Señor, me dijo, lanzando sobre mí una mirada de triunfo, si vos no creeis en el profeta nuevo, solo por ser nuevo y porque ha nacido en América, al ménos creereis en los profetas antiguos nacidos en Oriente.

Pues bien. Escuchad algunas citas que he copiado para vos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Despues veremos de que modo os componeis para sostener que la poligamia no

es de institucion divina. ¡Ah, señores monógamos! ¿Creeis habernos refutado con presentar algunos textos mal comprendidos ó maquiavélicamente interpretados? A estos textos sagrados, nosotros oponemos otros no ménos sagrados y que tienen la ventaja de no ofrecer ninguna oscuridad. Desde luego, demos por sentado el hecho de que si algunos polígamos, hijos ó nietos de polígamos, no han sido excluidos del santuario de Dios, eso denota que la poligamia es un verdadero matrimonio sancionado por el Eterno. Porque está escrito: (Dent. XXIII, 2.) «El bastardo no entrará en la asamblea del Eterno, ni él ni ninguno hasta la decima generacion.»

—¿Y no encontrais eso un poco severo?

—Concedido, pero eso no me toca á mí. Lo que sé decir, es que los santos patriarcas, alumnos de nuestra fé, tales como Abraham y otros personajes, no fueron monógamos, sino muy polígamos; no os disgusteis por ello. Ahora bien; si su santa posteridad ha sido y permanece siendo agradable á Dios, es evidente que no era bastarda, sino perfectamente legítima.

—Hace poco condenábais la razon y veo que ahora razonais.

El misionero pareció no oirme y continuó:

—Sentado esto, paso á la lectura de algunos textos. Despues del polígamo Abraham, que está representado en la Biblia como el *amigo de Dios*, que es llamado en el Nuevo Testamento el *padre de los fieles*, paso á sunieto Jacob. ¿Creeis, señor, que Jacob no fué altamente estimado por Dios?

—Nunca he dicho lo contrario.

—Pues bien, Jacob tuvo cuatro mugeres, que le dieron doce hijos y una hija.

Los escritores sagrados han hablado todos con grande estimacion de esas mugeres como honradas y virtuosas: *ellas han edificado*, dicen las Escrituras, *la casa de Israel*. ¿Será preciso seguir esa prosteridad? Yo veo que los doce que Jacob tuvo de sus cuatro mugeres llegaron á ser príncipes, jefes de tribus, patriarcas, cuyos nombres han sido trasmitidos de siglo en siglo.

—Teneis mucha razon; más este es el caso de repetir el dicho; otros tiempos, otras costumbres. Por otra parte, Abraham, quizás, no creia obrar mal casándose con muchas mugeres á la vez.

—¡Cómo! ¿No sabeis que Dios conversaba frecuentemente con Abraham como con Isac y con Jacob, y los ángeles les visitaron, les dirigieron la palabra en muchas ocasiones y bendijeron á ellos, á sus mugeres y á sus hijos?

—¡Ah! es verdad; no habia caido en ello.

—Ahora que os he puesto en el camino, debeis recordar tambien que el Señor ha reprobado los pecados de algunos de los hijos de Jacob, porque odiaron y vendieron á sus hermanos, y porque cometieron tambien el crímen de adulterio. ¿Pero ha condenado jamás la organizacion de la familia? ¿No prometió, por el contrario, á Abraham que le haria padre de muchas naciones, y que en él y en su posteridad serian bendecidas todas las familias y naciones de la tierra? ¿Hubiese Dios tenido este lenguaje si hubiese reprobado el matrimonio patriarcal? Vamos, señor monógamo, responded sin ambajes.

—Yo no gusto, señor, de que se impongan condiciones, y puesto que vos no quereis sino que responda sin ambajes, no responderé nada. Con gusto os hubiese replicado con ambajes, puesto que los hay no pequeños.

—En ese caso, continúo. Si pasamos á Moisés, vemos que la pluralidad ha sido perpetuada, sancionada y reglamen-

tada por su ley. David, el salmista, tenia muchas mugeres; eso que era bastante una, y el Señor mismo, hablando por boca del profeta Nathan, un verdadero profeta, al que espero.....

—Sin contradiccion.

—Todavía le dió las mugeres de Saül. Eso es verdad ó no; si es falso, probádmelo; si es verdad, ¿no tenia yo razon en proclamar la poligamia de institucion divina?

—Señor, yo no soy teólogo; pero si con un teólogo tuviéseis que habéroshas, estoy seguro que no le costaria trabajo responderos, con ó sin ambajes.

—Vuestras respuestas son evasivas, señor monógamo, pero no me desconcierto y prosigo. Hé aquí lo que el mismo Dios dice á David: «Yo te he dado las mugeres de tu señor, y si esto es poco todavía, yo te añadiré tal ó tal cosa.» (II Sam. XII, 8.) Aquí no solamente Dios permite la poligamia sino que es El mismo quien casa con muchas mugeres al hombre á quien amaba tiernamente. ¿Qué teneis que decir á eso?

—Repito, que si yo fuese teólogo os confundiria fácilmente. Desgraciadamente no lo soy, ni me sirvo de ambajes nunca.

—Es lástima. Pero pasemos del Antiguo al Nuevo Testamento.

—A decir verdad, no lo sentiria, porque despues de todo es muy posible que Dios haya abrogado por nuevos decretos sus decretos antiguos.

—Eso es una suposicion errónea, señor.

—Permitidme: aunque os he dicho que no soy teólogo, al ménos sé leer y hé aquí lo que he leido: «Los elders (sacerdotes ancianos,) y los diáconos, serán elegidos entre aquellos que están unidos á una sola muger.»

—Concedido; pero eso no implica que sea nulo casarse con muchas mugeres, porque en este caso á todos igualmente se hubiera impuesto la prohibicion. ¿Quereis un hecho histórico en apoyo de mi observacion?

—Decidlo, si no es muy largo de contar.

—En 1859, el landgrave Felipe de Hesse quiso, viviendo su muger, casarse con otra.

—Hé ahí lo que no puedo comprender, porque me parece que si no es demasía una muger, es bastante al ménos. Mas continuad.

—A este fin, Felipe pidió una consulta á los eminentes autores de la reforma, Martin Lutero, Felipe Melanchton, Martin Bucer, Antonio Corain y algunos otros. Todos dieron su dictámen favorable al segundo matrimonio, á condicion siempre de hacerlo en secreto.

—¿Por qué, si ese acto no era censurable, tenerlo secreto?

—No sé por qué. Lo que sé es que en su consulta, referida por Bossuet [*Historia de las variaciones*], se lee lo que sigue: «Así es como nosotros la aprobamos y en las solas circunstancias que acabamos de señalar, porque el Evangelio no ha revocado ni prohibido lo que habia sido permitido en la ley de Moisés respecto al matrimonio; Jesucristo no ha cambiado la disciplina exterior, sino que ha añadido la justicia y la vida eterna por recompensa.»

—Señor, os suplico que os dejeis de mas citas. Dirigíos al periódico *Le Monde;* allí encontrareis sábios de grande espíritu que jugarán con vuestros textos sagrados, como juegan los japoneses con sus bolas doradas. Vuestras citas no me han hecho mella alguna, y sigo reprobando la poligamia

como una monstruosidad. Si me atreviese, os daria un consejo. Vos estais en buena posicion, me habeis dicho.

—¡Oh! Tengo una mediana fortuna, un pasar regular no mas.

—Razon mas. No tengais mas que una sola muger; ella os bastará, creedme, para dar cuenta de vuestras rentas.

Mi apóstol mormon me saludó friamente y salió, y lanzando sobre mí, como herido en sus convicciones, una de sus miradas fanáticas, que me probó una vez mas que si el hombre es el mas feroz de todos los animales, débelo á su tendencia á la supersticion. Ese sentimiento desordenado ha hecho, en plena paz, degollar ó quemar cerca de 800.000,000 de criaturas humanas, desde las encarnaciones de Vishnou hasta la Saint-Barthelemy.

¡Quiera Dios, lo que no espero, desde que he visto la guerra que se hacen en Paris los apóstoles mormones, preservar de una carnicería sagrada á los *santos de los últimos dias!*

No es agradable ser degollado, ni aun religiosamente.

HAITI.*

Ya sabeis, mi querido director, lo aficionado que soy á los viajes. La estrella bajo cuya influencia he nacido debia ser una estrella *desfilante*. Una decena de miles de leguas hecha por mar desde la temprana edad de cuatro años y medio, en que me embarqué por primera vez desde Burdeos á Cartagena de Indias, hasta que en edad ménos tierna, seamos amables con nosotros mismos, atravesé por última vez el Océano, viniendo de Nueva-York al Havre, no me han hecho perder aún el gusto de las expediciones lejanas. Si siento algo, es que las circunstancias no me permitan continuar esta vida de judío errante. Chateaubriand á dicho, no sé donde, que nunca pudo ver una nave izando anclas sin sentir vehementes deseos de embarcarse. A mí me pasa lo que al ilustre escritor. Desgraciadamente hace ya algunos años que mis travesías mas largas consisten en pasar el puente de Asnières cuando

* Estas páginas se dirigieron desde París por el autor á Monsieur Havin, director de *El Siglo*.